

Los duendes de colores

Autor: Armando Ibarra H.

Hace muchos, muchos años, el mundo era de color gris. Los pájaros, las flores y el cielo no tenían color. Los animalitos del bosque estaban tristes.

La noticia llegó hasta lo más profundo de una gruta que se encontraba en un rincón del bosque. En esa gruta vivían siete duendecillos, aunque nadie los había visto. Era un misterio. Algunos decían que todas las noches cantaban, danzaban y pintaban con mágicos pinceles, pero nadie sabía qué pintaban.

Una noche, cuando la luna llena estaba en lo más alto del cielo, se escuchó un gran estruendo; la roca que resguardaba la entrada de la gruta se abrió y sucedió lo increíble: de su interior salió un pequeño duende, no era de color gris; salió otro, otro y otro más, todos eran diferentes. Salieron siete de diferente color y juntos marchaban al unísono de un tambor. Cada uno llevaba en sus manos una paleta de pintor y muchos pinceles. ¿Qué era aquello? Nadie lo sabía.

Los siete duendes, mientras se alejaban de la gruta, saltaban por todos lados mientras en los árboles las ardillas aplaudían. Reunidos en un claro del bosque, y después de hablar y hablar, decidieron pintar el mundo de colores, pero uno de ellos dijo: “solamente tenemos una noche, porque antes del amanecer debemos regresar a nuestra gruta”.

Mientras tanto, los animalillos nocturnos del bosque observaban atónitos, no comprendían aquello. La música de los grillos alegraba el lugar al tiempo que las luciérnagas iluminaban la noche. Todos esperaban impacientes aquel acontecer.

De repente, los duendes se elevaron y comenzaron a volar; al tiempo que cada uno de ellos resplandecía con su color. Todo el bosque se iluminó de colores. Los animalillos estaban felices. Volaron por aquí y por allá. Y sin despertar a los pájaros, con una pincelada, los bañaban de color rojo, anaranjado, amarillo, azul, añil y violeta; otros duendes hacían lo mismo con las flores. Mientras la luna, con cara llena, observaba y brillaba más y más.

El duende verde pintó con un gran pincel todas las hojas de los árboles del bosque; el duende azul, con un abanico de pinceles, voló hasta el cielo y lo pintó de color azul. Al final, en todas las paletas había pintura sobrante. El duende azul tuvo una idea que fue bien recibida por todos: sin decir más, todos los duendes arrojaron la pintura sobrante hacia el cielo.

Casi al amanecer, cuando los pájaros le daban la bienvenida al día y las luciérnagas se disponían a dormir bajo las hojas de los árboles, todos los duendes corrieron a la gruta, debían hacerlo, la noche había terminado; no tuvieron tiempo para colorear el mar.

Cuando los primeros rayos del sol iluminaron los árboles del bosque, todos los pájaros y las flores lucían resplandecientes de colores. El cielo, que está en todas partes, al ver que el mar no tenía color, lloró. Las lágrimas azules resbalaron en el aire y cayeron en el mar; y como era un color mágico, al instante el agua del mar se tiñó de color azul con destellos rojos, amarillos, violetas y otros más. En el bosque, todos los animales estaban felices, porque el mundo ya era de colores.

Allá, en la gruta, los duendes duermen, sueñan; dijeron que otra noche regresarían.